

IN MEMORIAM

ANTONIO SORIANO PEÑAS

10 de enero de 1937 - 9 de marzo de 2019

Invoco hoy la memoria para traer al recuerdo la figura del hombre que mi padre fue, ejercicio complicado cuando las emociones aún palpitan dolorosamente. Y mi memoria íntima, personal y familiar, se entreteje y se enreda, se superpone y confunde, con la memoria de quienes le conocieron y le trataron, pero también, y sobre todo, con la memoria colectiva que él cultivó y ayudó a sedimentar, con tanta pasión que en esa tarea empeñó hasta la postrera lucidez de una mente que siempre fue inquisitiva, curiosa y despierta.

Su biografía, desde que alcanza la memoria a la que ahora apelo, ha estado ligada a la historia de Lorca, a sus gentes, a su paisaje urbano y social. No concibo la cotidiana domesticidad de nuestro hogar sin las interminables conversaciones sobre todos y cada uno de los acontecimientos que se desarrollaron contra el telón de fondo de esta ciudad.

Mi padre fue maestro, comenzando su joven magisterio en una España enclaustrada, mísera y autoritaria. Como tantos otros docentes compartió la misma hambre de sus alumnos, el mismo abandono, el mismo atraso y la misma y oficial desidia. Su triunfo, el de otros, el de todos, si lo fue, se ha de buscar en el modesto y humilde heroísmo de la callada resistencia y la insobornable dignidad. Y así, con tan pobres armas, se presentó ante generaciones de lorquinos, que lo tuvieron como entusiasta guía en el azaroso camino de las primeras letras. El cariño que tantos alumnos, a lo largo de tantos años, le profesaron y aún le profesan, tiene todo que ver con su enorme humanidad, con su dedicación y con ese abnegado entusiasmo de quien, si maestro fue, lo fue por vocación.

Pero no fue tan solo maestro; fue, ante todo y sobre todo, un infatigable narrador de la realidad lorquina: de su reciente pasado y de su presente. En su condición de jefe de programación fue una de las caras reconocibles de Radio Popular en Lorca, convertida después en Cadena Cope, donde coincidió con otros meritorios del periodismo lorquino como José Pallarés, Agustín Llamas, Bartolomé López o Luis Casalduero. También ejerció, imposible olvidarlo, como corresponsal del diario *La Verdad* y de la Agencia Efe; su nombre estará por siempre ligado a la centenaria cabecera regional. A mi recuerdo, junto con sus afanes como periodista apasionado, regresan todos los grandes acontecimientos de esos años: la inundación de 1973, la Transición, las primeras elecciones municipales en democracia, el golpe de Estado del 81 (cuyas zozobras sufrió en primera y directísima persona junto con el añorado Pepe López Fuentes, amigo entrañable), el despegue económico de nuestro municipio y su transformación social. Y fue un enamorado, cómo olvidarlo, de nuestra Semana Santa, que contribuyó a engrandecer con sus crónicas publicadas en la prensa escrita.

Mas no se limitó a dar cuenta, como atento testigo, de los hechos que le cupo vivir; también devino en partícipe de su colectiva configuración. Porque mi padre fue persona implicada y consciente de sus responsabilidades cívicas, siempre atento y siempre presto a dar lo mejor de sí mismo para construir una sociedad mejor y más respetuosa. Y lo hizo investido de una profunda bonhomía y armado de ese particular sentido del humor que tanto le caracterizó y por el que tanto se le recuerda. Porque mi padre fue, por encima de cualquier otra condición, una buena persona.

Albergo la profunda convicción que no hay mejor manera de honrar al hombre que fue, que poner su nombre a la calle que flanquea al edificio del Museo Arqueológico, porque en él se condensa la particular historia de este terruño, que amó con pasión y a cuyo estudio dedicó los últimos años de su fructífera vida. En palabras de mis hijos, sus nietos: sirva la placa allí colocada para que quienes por allí caminen, puedan evocar sus hechos y sus actos, su profunda bondad y su compromiso. Su recuerdo.

MARÍA CARMEN SORIANO MÍNGUEZ